Hermano, y supo lo íntimo de su alma que nunca la había mancillado con pecado deshonesto, y que se conservó puro y virgen hasta su dichosa y santa muerte. Y bien dice con esto lo que arriba escribimos, de que aun cuando era seglar en Sevilla, le encomendaban los Padres que guardase y llevase á recogimiento las mujeres que se convertían á vida de penitencia. A la pureza de vida del Hermano se juntaba su singular piedad y caridad, que fué tanta, que haciendo el oficio de ropero acudía á las necesidades de todos, y le llamaban la madre de casa; y siendo comprador y limosnero, si le daban alguna cosa de regalo, su gusto era recibirlo y traerlo, no para sí, sino para emplearlo en la Comunidad. Y guardaba tanta caridad con sus Hermanos, que si por su ocasión (aunque en ella él no tuviese culpa) alguno otro se impacientaba, él se congojaba y afligía, de suerte que no paraba hasta darle una y muchas satisfacciones, para que su Hermano no quedase desconsolado y con alguna amargura. Y aun en las plazas y mercados, si sucedía alguna disensión, tenía gracia para componerla, sin hallarse quien de él tuviese queja alguna ni se le oyese palabra de desabrimiento; y si á él se la decían, la llevaba con singular paciencia. La bondad y sinceridad de trato en el Hermano Bartolomé Ruiz era notable; sin que jamás se le conociese género de doblez ni en palabra ni obra. En la virtud de la pobreza se esmeraba tanto su cuidado, que aunque recogía las limosnas jamás disponía de cosa alguna, por mínima que fuese, sin licencia de los Superiores. En la perfección de la obediencia que en la Compañía se profesa, fué notablemente puntual y cuidadoso; y en caso que se le ofreciese algo, en viendo resuelto al Superior, con profunda humildad y resignación sin más réplica se sujetaba.

A todas estas virtudes, ejercitadas con raro ejemplo de religiosa observancia, acompañó su mortificación y paciencia en padecer grandes achaques y dolores de orina, y esto con tanto silencio y tan sin ruido, como si no viviera ni estuviera en casa. Y esa misma paciencia mostró en su última enfermedad de que murió, que fué un riguroso tabardillo que se lo llevó en cinco días; habiendo recibido los santos Sacramentos, y con tanta paz de su alma, que cuando le decían que se moría, el gozo de esta nueva que para otros suele ser tan amarga y triste, en él prorrumpía en júbilos de alegría, porque la miraba como tránsito para la vida eterna; dejando grandes prendas de que iba á gozarla. Murió en nuestra Casa Profesa el año de 1618, y 81 de edad como queda dicho.

CAPITULO XVII.

Vida ejemplar y religiosa del Hermano Juan de Alcázar, Coadjutor de la Compañía de Jesús.

Al tiempo y grado verdaderamente de Coadjutor temporal, y muy Religioso de la Compañía de Jesús, correspondió la vida y dichosa muerte de nuestro Hermano Juan de Alcázar, cuya vocación y entrada en nuestra Compañía fué de mucha edificación; y se echó de ver

que había venido inspirado del Cielo, porque estando bien acomodado en el Palacio del Marqués de Villamanrique, Virrey que entonces era de esta Nueva España, renunciando las esperanzas que podía tener en servir á príncipe de la tierra, escogió por mucho más dichoso estado el servir en la casa de Dios; y echóse bien de ver este santo intento con que vino á la Religión, en la perseverancia y observancia con que por tiempo de 36 años se ejercitó en la Compañía en los oficios más trabajosos de ella. Porque lo primero en nuestro Colegio de México se ocupó en la cocina y enfermería en tiempo que había muchos enfermos, y con la caridad que tenía y deseo de servirles, se ofrecía á los Superiores para hacer toda su vida este oficio que le ejercitó algunos años. Pero por ser hombre de confianza y seguridad les pareció á los Superiores ocuparlo en haciendas del campo del Colegio de México y del de Tepotzotlán, en las cuales pasó más de 20 años continuos con muy grande ejemplo y edificación de los seglares con quienes continuamente trataba; teniéndole todos mucho respeto por la virtud y religión que conocían en él, sin que ninguno de ellos jamás pusiese falta en su persona; siendo muy recatado en su buen proceder, y tal cual en un hijo verdadero de la Compañía se podía desear; y con manejar tanta hacienda como entraba en su poder y pasaba por sus manos, en materia de pobreza era muy advertido y atento, comunicando con los Superiores y pidiéndoles licencia para lo que había de hacer, y de otra parte muy descuidado de las cosas de su propia comodidad; el vestido traía roto, y en los caminos ahorraba de gasto aun en lo muy necesario para su sustento, contentándose con unas tortillas de maíz secas y duras, ó tamales como los que los indios gastan; y con este pobre sustento estaba contento en los muchos y largos caminos que para visitar las haciendas hacía, durmiendo muy continuamente en el campo, sin más abrigo que el de su manta, ni otro colchón que el sudadero de la bestia en que caminaba, y por almohada la silla; y aun estando en casa lo más ordinario era dormir vestido por penitencia, á ésta añadía otra de disciplina y un áspero cilicio de hierro; y conociendo que el ejercicio de la oración es sustento de las demás virtudes, era muy cuidadoso en ella, levantándose muy de mañana para tenerla y previniendo al Hermano que estaba en su compañía le despertase alguna vez si se durmiese. Tenía un cartapacio de largas devociones, y estas, por tarde que fuese y cansado que estuviese, no había de pasar día sin que las rezase; entre estas no era la última la que tenía á la Virgen Santísima, á la cual acudía como á Madre y se encomendaba, y pedía á otros que le encomendasen á esta Señora para que le ayudase y librase de los peligros y ocasiones que suelen suceder en el campo; y mostraba el afecto que tenía á esta devoción, en que las veces que venía de la estancia al Colegio, llamaba á solas á otro Hermano, muy fervoroso devoto de la Santísima Virgen, al cual con mayores palabras y mucha humildad le pedía que le enseñase algunos medios para tener entrada con tal Señora, dejando muy edificado á aquel Hermano con quien trataba de estas pláticas. De los indios que enfermaban en la hacienda tuvo siempre muy grande cuidado, acudiendo á su regalo y cura, quitándose el bocado de la boca para dárselo á ellos, y aun á otros que venían de fuera á pedir algo de medicina, cuidaba fuesen consolados y se les socorriese de lo que había en casa; acudía también á socorrer las necesidades de maíz que suelen pa-

decer los indios, previniendo aunque fuese trayéndolo de lejos y con trabajo, para que no les faltase ni gastasen lo que en precios excesivos otros los llevaban: sus pláticas con los españoles y criados que servían en la hacienda eran de mucha edificación, exhortándolos á las virtudes, confesiones y buena vida, y así todos le tenían muy gran respeto; obligándolos también á esto la autoridad de su persona que era grave con religión. Fué muy celoso de lo temporal de las haciendas, procurando el adelantamiento y feliz suceso de ellas, no perdonando trabajo que fuera menester, porque la miraba como hacienda de Cristo y de su familia; y así acudía por su misma persona á las cosas que conducían á este fin, sin reparar en incomodidades que para conseguirlo hubiese de padecer; en medio de estos ejercicios santos le cogió la enfermedad de que murió, la cual se entendió habérsele ocasionado de un grande aguacero que le caló toda la ropa, con que debió de resfriarse, y de ahí le saltó en un recio tabardillo que de su principio se mostró mortal; dispúsose luego el devoto Hermano para lo que Nuestro Señor quisiese ordenar de su vida, con una confesión general y sagrada Comunión, aun estando en la hacienda de que cuidaba; y habiéndole traido de ella al Colegio se le dió la extremaunción, por la prisa con que la enfermedad crecía; ésta llevó con mucha paciencia, ofreciéndola á Nuestro Señor con los demás trabajos que había pasado, y diciendo que sólo sentía no haber sido muy santo y servido mucho á Nuestro Señor; pero que porque su misericordia era grande no tenía cosa que le diese pena; y así, invocando muchas veces los santos nombres de Jesús, María y José, para que le fuesen guía y compañía en su viaje para la otra vida, al noveno día de la enfermedad acabó con los de esta vida mortal, dejando á sus Hermanos con mucha satisfacción y esperanza de que se iba á gozar de Dios. Murió el año de 1623, y está enterrado en nuestro Colegio de México, donde murió de 63 años de edad.

CAPITULO XVIII.

Ejemplares virtudes y dichosas muertes, de tres Hermanos nuestros Religiosos de la Compañía.

Estos tres Hermanos Coadjutores temporales fué Nuestro Señor servido de llevar para sí, en un mismo año, que fué el de 1614, cuyas virtudes excelentes en su grado tenemos por dignas de memoria en la historia de nuestra Provincia; pues ellos con tales virtudes la edificaron y ayudaron con sus santos trabajos, y juzgamos por conveniente escribir aquí (aunque compendiosamente) unas ejemplares vidas á que se siguieron muy dichosas muertes.

La primera es la del Hermano Martín de Rojas, de noble sangre, el cual habiendo pasado á las Filipinas en compañía de un hermano suyo, Lic. Rojas, oidor de la Real Audiencia de Manila, él en aquellas islas y en las del Maluco, ejercitó el oficio de capitán de aquella milicia, mostrándose valeroso en muchas ocasiones de importancia. Pero Nuestro Señor, que lo tenía señalado para su compañía, lo llamó y

trajo á ella con un maravilloso caso que le sucedió en la mar, dando la vuelta y haciendo viaje á la Nueva España. Porque habiendo caido con algún temporal del navío al mar, y él viéndose en este peligro, y encomendándose á la Virgen Santísima (de quien siempre había sido muy devoto), sintió que esta piadosísima Señora le sacaba del agua y le subía al navío, donde se halló libre sin favor humano; caso éste que causó admiración en todos los pasajeros, y de quien sin ayuda humana hubiese escapado de peligro tan evidente. Este tan singular favor de la Santísima Virgen que recibió el capitán Martín de Rojas, creyó y tuvo él por llamamiento de esta Señora para que entrase en la Compañía de su Santísimo Hijo. Y á la verdad no es sólo este soldado de la milicia secular el que ha llamado y traido esta Soberana Reina á que se alistase debajo de la bandera de su Santísimo Hijo; que noticias tenemos en nuestras historias que han sido innumerables estos sus llamados á la religión de la Compañía, que nuestro Santísimo Patriarca Ignacio fundó con sus singulares patrocinios y favores. El que hizo la Reina de los Ángeles al capitán Martín Rojas, lo supo lograr, porque llegado á México trató y pretendió entrar en la Compañía y fué recibido en ella; en la cual vivió hasta su muerte, por tiempo de 25 años, con grande ejemplo de virtud que así á los nuestros como á los seglares con quien trataba, á todos los tenía edificados, y se le echaba de ver que la Virgen Santísima había sido la que lo había traido á la religión de la Compañía. Era persona de tan buena capacidad el Hermano Martín, que los Superiores le ocuparon en el oficio de Procurador: primero del Colegio de Guadalajara, y después del mayor de México; el cual oficio, en una y otra parte ejercitó con grande satisfacción de todos; y acrecentaron lo temporal de las haciendas con su diligencia é industria, sin perdonar á trabajo que, ó en caminos fuera de la ciudad ó negocios en ella se le ofreciesen. En las virtudes religiosas dió siempre muy grande ejemplo, en especial en la de la humildad, que como dijo San Buenaventura: es el fundamento, hermosura y guarda de las demás; llamándola *Custos virtum:* en ésta se esmeró mucho. Y tanto más campeaba esta virtud en el Hermano Martín de Rojas, cuanto en él concurrían calidades de que podía preciarse de su nobleza y oficios que había tenido en el siglo; de lo cual ni hablaba ni se preciaba, y sólo de ser hijo de la Compañía. Muy hija de la humildad es la obediencia, y en ésta también se esmeró el Hermano, dejándose gobernar de ella, como quien conocía el acierto y seguridad que había en seguirla; y de él también se decía, que tenía tanto amor á la religiosa pobreza, y la traía tan en su compañía, que parecía haber trabado amistad con ella. Y quien en estas tan principales virtudes anduvo tan edificativo y observante, bien es de entender que en las demás vivió muy cuidadoso y diligente. En la oración, en la mortificación y paciencia, de ésta dió muestra en su última enfermedad, admitiendo con grande conformidad con la voluntad divina, los dolores que padecía; y ofreciéndolos por los que el Hijo de Dios por él había padecido. Quiso el Señor premiar los merecimientos de este su fiel siervo, y estando con todos sus sentidos y ocupado en oración mental y vocal, y habiendo recibido los Santos Sacramentos, muy consolado de que moría en la Compañía, se le llegó la hora de su muerte, que con razón podemos llamar dichosa; pues se siguió á una tan religiosa y ejemplar vida. Murió este

siervo de Dios de 64 años de edad; habiendo vivido los 25 de ellos con mucha observancia de religión en la Compañía, como dijimos, y está enterrado en nuestro Colegio de México.

El mismo año que de esta vida mortal pasó al Cielo el Hermano Martín de Rojas, le siguió otro Hermano nuestro, también Coadjutor temporal, que habiendo servido á Dios por tiempo de más de 50 años en la Compañía, cuando se llegó la hora de su muerte le era de tan grande consuelo el haber vivido y morir en ella, que no se hartaba de dar gracias á Dios por este beneficio. Llamábase este Hermano Hernando de la Palma: fué recibido en la Provincia de Andalucía y Colegio de Granada, donde ejercitaba todos los oficios de su estado, con tanta perfección, que los Padres Provinciales eran importunados de los Rectores y Superiores inmediatos, pidiéndole cada cual para su Colegio; y cuando le señaló nuestro Padre General para que viniera á nuestra Provincia de Nueva España, ofrecían en su lugar dos muy buenos sujetos porque se lo dejaran en su Provincia; tanto como esto era estimado por su virtud el Hermano Palma. Llegado á esta Provincia, no se ocupaba, ni era para él sólo un oficio, sino todos aquellos en que le quisiese ocupar la santa obediencia, á que siempre fué muy rendido y obediente. Y como de esta santa virtud (según nos dice en su carta de oro nuestro Religioso Padre San Ignacio, de sentencia de San Gregorio) que la obediencia sola ingiere en el alma las otras virtudes, é impresas las conserva y florecen, y llevan los frutos que se desean. Esto se verificó en nuestro Hermano Hernando de la Palma, en quien, con su puntual y rendida obediencia, florecieron y dieron prósperos frutos las demás virtudes religiosas. Era hombre de ánimo muy sincero y llano, pero en la guarda y observancia de las reglas muy cuidadoso; en especial en la honestidad, como virtud tan delicada, se echaba de ver en él que andaba muy en vela, sin sufrir acción ó palabra que desdijese de ella, sin atajarla; y de aquí era que como á alma tan pura se le comunicaba Dios mucho en la oración mental y vocal en que era muy frecuente; porque demás de la ordinaria hacía entre día muchas visitas al Santísimo Sacramento, y cuando le daban lugar los oficios que tenía á su cargo, gastaba las mañanas en oir todas las misas que se decían. En la pobreza religiosa también se señaló, de modo que cuando murió no se halló en su aposento más que unas estampas de papel viejas, un rosario, y un relicario tan pobre, que en él se mostraba bien cuánto amaba la virtud de la santa pobreza; con que vivía tan desasido de las cosas de este mundo, que cuando se llegó la hora de su dichoso tránsito, se halló tan desembarazado, que le fué de particular gusto oir la nueva que le daban de que se moría; y no obstante que su enfermedad le causaba gravísimos dolores, él, con mucha paciencia y rendimiento en las manos de Nuestro Señor, los sufría: confesóse generalmente y recibió los demás Sacramentos con consuelo suyo y edificación de los presentes, que le veían que con tanta paz y sosiego recibía la muerte. Dando en este tiempo (en que más claramente se conocen las verdades) muchas gracias á Dios Nuestro Señor, porque moría en la Compañía. Y en esta hora dijo á su confesor una cosa bien particular, en que mostró cuánto había meditado y aprendido la doctrina de Cristo; esto es, que pensaba rogar en el Cielo á Dios Nuestro Señor, particularmente por las personas que con sus molestias le habían dado ocasión de merecimiento; y quien partía de esta vida con

tales entrañas de misericordia, claro está que las hallaría en Dios Nuestro Señor, para recibirle en la gloria que tiene prometida á los que aman y ruegan á Dios por sus enemigos. Murió este bendito Hermano en nuestro Colegio de Oaxaca, y fué el primero que se enterró en la Iglesia que allí fabricó la Compañía.

En el mismo Colegio, y el mismo año, pasó á la gloria (como espero de sus muy religiosas virtudes) otro Hermano nuestro llamado Pedro López, Coadjutor temporal, que habiendo servido á Dios en la religión, con grande ejemplo de vida por tiempo de 28 años, los más de ellos gastó cuidando la hacienda del campo del Colegio de Oaxaca. Donde aunque vivía apartado de la Comunidad, allí cuidaba de los ejercicios de ella, de suerte que á las mañanas hacía tocar su campanilla á la oración que se usa en la Compañía, y la tenía muy cumplida él y el compañero que con él estaba, antes de entrar en los trabajos que de día se le habían de ofrecer, sin olvidarse un punto en el campo de la observancia de sus reglas. A este cuidado al ejercicio santo de la oración se le juntaban los demás de las otras virtudes religiosas que en él resplandecieron, con tal edificación de todos los que le trataron los muchos años que estuvo en aquella hacienda, que con ser de tan varias calidades aquellos con quienes había de tratar, españoles, indios y esclavos, los que en tales haciendas suelen trabajar y servir, nunca se oyó queja de acción menos ordenada del Hermano Pedro López; muy señalada virtud y ejemplo con que administraba á aquella hacienda, y en particular á su grande humildad con que se acomodaba y aplicaba á cualquier ministerio por humilde que fuese, sin muestra de superioridad ni mando, sino con una prudencia tan agradable y religiosa, que hermanada con la grande caridad, que también tenía, era causa de alcanzar todo lo que quería, así de los de casa, cuando estaban en su compañía, como de los de fuera, amándole y venerándole todos por su singular virtud.

Queriendo Nuestro Señor acrisolar estas virtudes, y premiar los buenos empleos de este su siervo, lo puso en la fragua de una enfermedad penosa que le duró por espacio de un año, y los cinco meses de él tendido en una cama, en la cual, aunque padecía tanto con su enfermedad, pero por continuar la mortificación y santa pobreza (que siempre había guardado), con instancia pedía al Superior y enfermero, que no se le diese regalo de enfermo, sino solamente lo ordinario que se daba á la Comunidad; y aunque tenía tan postrado el apetito que no hallaba gusto en comida que le diesen, con todo, á la voz del enfermero que le decía que comiese ó bebiese lo que le daban, que esa era la voluntad del Superior, al punto, haciendo fuerza á la naturaleza, tomaba lo que le traían, y aunque fuese con riesgo de trocarlo, lo comía, por no faltar á la grande obediencia que había observado; confesóse generalmente, recibió muchas veces en el tiempo de su enfermedad el Santísimo Sacramento, y últimamente la extremaunción, y con ella dió su alma en las manos del Señor; siendo de edad de 61 años, y habiendo empleado los 28 de ellos con grande perseverancia en perpetuos ejercicios de virtud y obediencia; está enterrado en nuestro Colegio de Oaxaca. Bien veo que en las vidas de estos tres carísimos Hermanos nuestros, no parece haberse contado cosas maravillosas, ni actos heroicos de grande aplauso y virtud; pero si bien se considera el renunciar un hombre libre su propia voluntad, cautivarla

y ponerla en manos de otro hombre por amor de Dios, y ejercitar perfectísimamente esta renunciación por tiempo de 34 años y 50, como lo hicieron estos siervos de Dios, acompañando esa obediencia con otros continuos actos de virtud y humildad, y venciendo las dificultades que en esta vida se suelen ofrecer, heroica virtud y perseverancia la podemos llamar, y prueba de un verdadero y perseverante amor de Dios, que es lo que premia su Majestad y en lo que está la verdadera santidad.

CAPITULO XIX.

Vidas muy ejemplares de los muy religiosos Hermanos Coadjutores de la Compañía de Jesús, Juan Blanco y Hernando de Chavarría. Año de 1625.

Parece que ha querido Dios Nuestro Señor dar muestras de su divina aprobación de los grados en que su divina Majestad (al modo que en el Cielo de diferentes coros de ángeles) en la Compañía es servido, habiendo dado en ella sujetos de vidas inculpables en todos esos grados, que dejaron ejemplos de grande edificación á los venideros. Escribimos las vidas de Hermanos Estudiantes de nuestra Compañía, en cuya edad juvenil resplandecieron virtudes de singular fervor en la imitación de Cristo. Ahora escribiremos las de otros dos Hermanos Coadjutores, que habiendo trabajado en los ministerios de este sagrado Instituto por muy largos años, hasta su edad anciana, pasaron á la gloria á recibir el premio y galardón de sus muy grandes trabajos y virtudes. El muy religioso y ejemplar Hermano Hernando de Chavarría, de 74 años que tuvo de edad, los 44 empleó con mucha edificación en nuestra Compañía. Fué natural del reino de Navarra, de un lugar á ocho leguas de Pamplona; después de dos ó tres viajes que hizo desde España á estas Indias, se quedó en ellas con intento de dar asiento á las cosas de su alma y conciencia, para lo cual concertó consigo mismo estando en México, confesar y comulgar á menudo. Puso en ejecución continua algunos años este su propósito, sintiendo cada día mayor deseo de ser Religioso, mientras más frecuentaba estos santos ejercicios. Determinó, pues, pedir el hábito en una Religión adonde más solía acudir, y habiéndole dado el sí los Superiores de que le admitían para fraile de coro, y que pudiese subir al sacerdocio, le mandaron que antes de recibir el hábito hiciese una confesión general libremente en la Religión que le pareciese. Él se vino á nuestro Colegio, y habiéndose confesado, salió de la confesión con otros diferentes propósitos de los que antes había tenido, que fueron de entrar por Hermano Coadjutor temporal en nuestra Compañía, aunque sabía que en ese grado no se había de ordenar; y valiéndose de su confesor, por medio suyo pidió al Padre Juan de la Plaza, que era Provincial en aquel tiempo, que le admitiese en ella; el cual, para hacer mayor prueba de su vocación, le mandó se fuese al hospital de Nuestra Señora con dos de la

Compañía, y que le enseñasen lo que allí había de hacer, y á quienes había de obedecer mientras se le llegaba el tiempo de recibirlo. Todo lo aceptó Juan de Chavarría, y sirvió en el hospital con gran sujeción al enfermero, lavando en las acequias públicas los vasos más inmundos de los enfermos. Acudía de día y de noche con mucha edificación á todo lo que se le mandaba, hasta que al cabo de ocho días le envió á llamar el Padre Provincial y le recibió en la Compañía. Y siempre se reconoció en él un tan grande aprecio de esta su vocación, que de esa estimación le nacía, aun en sus últimos años, un tan grande temor, junto con humildad, de que no le despidiesen por inútil, que por esto pedía á todos con oraciones le recabasen de Dios el morir en la Compañía, como con una santa muerte lo consiguió. Fué muy puntual en la obediencia, y se le conoció un rendimiento grande en ejecutar las órdenes que salían de cualquier Superior que fuese; y estando en ancianidad de años con imposibilidad de salud, y librándole los Superiores de la distribución del tiempo por sus achaques, con todo, era el primero que salía de su aposento en tocando á levantar á la Comunidad, sin faltar jamás á letanías, oración, bajar al refectorio y á los demás ejercicios de la Religión. La misma puntualidad guardaba en sus penitencias; hasta que murió trajo todas las semanas dos cilicios y tomaba tres disciplinas; y siempre que fué al refectorio todos los sábados, haciéndose niño, cantaba la Salve, y dos veces cada semana besaba los pies á sus Hermanos. En sus horas de oración era constante, y después de haberla tenido por espacio de dos horas entre noche y mañana, oía tres, cuatro y cinco misas cada día, como lo toleraban sus fuerzas. Comulgaba demás de los domingos todos los jueves por especial licencia; tuvo un celo muy santo de mirar por el buen nombre de la Compañía, y en observar la pobreza que se profesa en nuestra Religión. Finalmente, siempre tuvo un deseo y tesón incansable de adelantarse en perfección, aplicándose siempre á aquellos ejercicios que á esto le podían ayudar; y así todos los días buscaba quien le leyese despacio lección espiritual, y él gustaba de repetirla á otros para su provecho. En estos loables deseos y ejercicios santos le fueron faltando las fuerzas corporales y postrándosele la gana de comer, aunque él nunca se rindió del todo á la cama, sino que cuanto podía se animaba á andar en pie. Y el mismo día que murió le halló así el médico, y con intercadencias mortales en el pulso, y como el Hermano entendió su peligro, pidió los Santos Sacramentos, y en particular el de la Eucaristía, con gran devoción. Pidió perdón á todos los de casa por sus faltas con harta ternura, y habiendo recibido el de la Extremaunción con entereza de juicio y gran fe, y confianza de su salvación, dió su alma al Señor á las dos de la mañana, entre muchos de los nuestros que en aquella hora se la recomendaban y asistían. Murió este siervo de Dios el año de 1625, en nuestro Colegio del Espíritu Santo de la Puebla donde está enterrado, y donde muchos años de su vida trabajó con mucha edificación y ejemplo.

En el mismo año, y en el mismo Colegio, también pasó de esta vida mortal á la eterna otro Hermano nuestro llamado Juan Blanco, el cual en el nombre trae escrito la candidez de su inculpable vida, en la cual, los que la tenían á su vista, no hallaban manchas que ofendiesen ni acción que reprender. Fué este muy edificativo Hermano natural de un pueblo de las montañas llamado Villaviciosa, pasó á estas